

# Ser citados o morir. Ése no es el dilema

José Hernández Prado<sup>1</sup>

## Resumen

“Ser citados o morir” no es el verdadero dilema. El dilema de fondo es “conocer o ignorar”. Tradicionalmente, un dilema profesional de los investigadores universitarios fue el de “publicar o morir”, sustituido en tiempos recientes por el de “ser citados o morir”. Pero publicar y ser citados son tan sólo herramientas pertinentes para hacer avanzar al conocimiento, que es el más genuino fin al que debiéramos entregarnos los investigadores de nuestra o de cualquier otra parte del mundo. Es mucho lo que se desconoce o no se comprende aún en todos los ámbitos sociales sobre los que se investiga en México y Latinoamérica. Resulta frecuente que desde otras latitudes lo hagan otros investigadores de distintas lenguas y culturas, si bien nosotros podemos y debemos hacerlo también, para luego divulgar nuestros descubrimientos y aportes, de manera que podamos darle algún sentido tanto al viejo dilema de “publicar o morir”, como al nuevo de “ser citados o morir”.

Palabras clave: “Publicar o morir”; “Ser citados o morir”; “Conocer o ignorar”; Sentido común; Thomas Reid; Concepción baconiana-reidiana de la ciencia.

## I

Siempre afectó a los universitarios del mundo y de la historia moderna el famoso dilema “publicar o morir”, porque la fuente de su éxito profesional, especialmente en el campo de la investigación y de la generación del conocimiento y de las ideas, vino a depender profundamente del gran invento de Gutenberg y de la posibilidad de que la labor universitaria se viera coronada, en particular, por la publicación de los resultados del trabajo académico, factor en verdad clave en todo el mundo para la obtención del reconocimiento y el prestigio intelectuales. “Publicar o morir” era una consigna que prevaleció sin duda alguna en los siglos XIX y XX. En México, con la creación en el año 1984 del Sistema Nacional de Investigadores, “publicar o morir” se convertiría en un

---

<sup>1</sup> José Hernández Prado (Ciudad de México, 1956) es, desde 1984, profesor-investigador de tiempo completo en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Es profesor de asignatura en la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales de la Universidad Panamericana desde 1996. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt con Nivel II y del Programa de Desarrollo del Profesorado de la SEP, es también Jefe del Área de Investigación sobre Pensamiento Sociológico del Departamento de Sociología de la UAM-Azcapotzalco. Es licenciado en sociología, egresado de la UAM-Azcapotzalco y maestro y doctor en filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente, es director de la revista *Sociológica (México)* y miembro del Consejo Editorial de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

elemento esencial para ascender y consolidarse en el campo de la profesión universitaria en general.

Sn embargo, en años recientes hemos atestiguado una sustitución de este dilema, el cual ha devenido en cierta consigna que se impuso intempestivamente en las evaluaciones del SNI mexicano y de otras agencias similares, encargadas del reconocimiento e impulso a las y los investigadores universitarios de todas partes del mundo. Ese nuevo dilema y esa nueva consigna propone ahora: “ser citados o morir”. No basta ya con sólo publicar y con permitir, inclusive, que los libros académicos y las revistas científicas no lleguen hasta el público al que están destinados, para quedar reducidos a meras entradas o referencias en los *curricula vitarum* del personal universitario de todo el orbe.

“Un nuevo ‘fantasma’ recorre al mundo”: el fantasma de la citación... o de las ocasiones en que investigadores que no fueron quienes produjeron un artículo o libro, lo citan o mencionan en la red mundial de computadoras personales. Y lo recorre especialmente desde que las publicaciones se trasladaron del papel impreso al medio cibernético para ser difundidas y consultadas en forma habitual mediante Internet. Ya no rige más el “publicar o morir”. Ahora lo que se ha impuesto es: “ser citados o morir”, porque tal es precisamente el aparente dilema que enfrentan hoy, en su búsqueda del prestigio y la promoción académicos, las y los universitarios del mundo entero, con los de México y América Latina incluidos.

Y el nuevo lema y dilema no sólo ha afectado a las y los investigadores individuales y a sus colectivos, sino también a las llamadas revistas científicas en la totalidad del ámbito internacional. Porque ahora ellas establecen asimismo su relevancia e influencia disciplinaria a partir de la “visibilidad” que alcancen los trabajos que publican, la cual es concretada y valorada por agencias supranacionales, tales como Web of Science, Scopus o SciELO. También las revistas están preocupadas por “ser citadas o morir”. O, al menos, por “tener visibilidad y prosperar”, lo que depende de que sus colaboradoras y colaboradores habituales u ocasionales asuman el mencionado “ser citados o morir”, el cual ha suplantado al tradicional “publicar o morir”, usualmente válido hasta lustros recientes.

Quien esto ha escrito —y lee para esta audiencia, en la mejor de las tradiciones medievales— también se encuentra sometido a la enorme presión social que conlleva el

eslogan “ser citados o morir” (como antes lo estaba al de “publicar o morir”). Pero precisamente un campo de especialización académica que su servidor ha abordado es el de la filosofía del sentido común, el de la filosofía moderna del sentido común humano, la cual parte de un autor escocés del siglo XVIII, imbuido por completo en el gran movimiento de la Ilustración o del Iluminismo y que, por desgracia, todavía es insuficientemente conocido en el ámbito de la cultura filosófica y académica nacional y mundial: Thomas Reid (1710-1796). El mensaje principal de este perfecto coetáneo de David Hume (1711-1776) y Adam Smith (1723-1790), también contemporáneo del alemán Immanuel Kant (1724-1824), fue su exhortación a que los seres humanos seamos juiciosos tanto teórica, como prácticamente. La idea reidiana del sentido común era la de identificar a éste no con el conocimiento ordinario o con las mentalidades tradicionales o socio-histórico-culturales, sino, en último término, con la sensatez, la razonabilidad o la “juiciosidad”: la madura y solvente capacidad de juicio que encontramos, por ejemplo, en los personajes literarios de Sancho Panza o de Sam Gamgee, o en personajes históricos como Abraham Lincoln, Sir Winston Churchill o Albert Einstein.

Este sentido común, esta sensatez, razonabilidad o “juiciosidad” puede proponernos diversas estrategias para encontrarle una solución a los dilemas de “ser citados o morir” y de “alcanzar visibilidad o no prosperar”. Estoy casi seguro de que en este coloquio y en esta misma mesa escucharemos algunas de esas estrategias. Una muy simple y aplicable al caso de las y los investigadores, sería sencillamente la de establecer bastantes contactos personales e institucionales y hacer, incluso, muchas amistades, para pedirles que por favor hagan cita de nuestros artículos y textos, a cambio de que nosotros mismos citeamos los suyos, en beneficio de ambas partes y de nuestras futuras evaluaciones institucionales.

Sin embargo, no se trata sencillamente de hacer eso, porque el propio sentido común nos dice que hay algo de engañoso o fraudulento en dicha acción. Lo meritorio sería que nuestro trabajo y nuestros productos publicables se abrieran camino por sí mismos gracias a sus propios valores y logros. La calidad de nuestros productos es la que debiera hacer que las revistas científicas fueran en extremo visibles, prestigiadas y muy bien evaluadas. Nuestra producción científica y académica debiera tener muchas citas, por ser realmente valiosa, por significar un conjunto de aportaciones dignas de ser tomadas en cuenta,

capaces de propiciar investigaciones adicionales, propias o ajenas, que le confieran algún valor.

Hay que decirlo con toda claridad, porque así lo dicta el sentido común que comenzara a estudiar con enorme provecho en el siglo XVIII, Thomas Reid: las revistas científicas deben alcanzar la mayor visibilidad posible; y las y los autores, una notabilidad y una considerable cantidad de citas o referencias por parte de sus colegas que trabajen en los mismos campos, no mediante “trucos” capaces de generar esos efectos tan buscados, sino, contrariamente, gracias a un fundamento mucho más sólido, que (en lo inmediato) esta ponencia se propone explicar.

## II

Hace algún tiempo, a este ponente le fue solicitada la dictaminación o el arbitraje de un libro, cuyos título y autor serán omitidos. En el prólogo de ese libro, que estuvo a cargo de un autor diferente al del volumen mismo, se podía leer la declaración —palabras más, palabras menos, y citando “de memoria”—, de que “el trabajo universitario es ciertamente curioso, porque en él a uno le pagan *por saber, por investigar o documentarse* acerca de un tema, del que luego será posible hablar con autoridad en las publicaciones académicas y científicas”. Claro, si acaso es que se siguen como es debido los cánones y los métodos de la academia universitaria internacional; es decir, efectuando todas aquellas citas y referencias pertinentes y suficientes.

Todo esto suena muy lógico y verdadero, en efecto; pero, juzgando con la debida calma y con propiedad, se trata de una declaración muy equivocada, tremendamente errónea. A uno, en las universidades e institutos de investigación y educación superiores de México y de cualquier parte del mundo, no “le pagan”, en realidad, “por saber”, por simplemente “informarse” o “documentarse” acerca de algo. Aunque ello tenga lugar en los hechos, a uno le pagan, en rigor, *por generar conocimientos: por identificar situaciones pertinentes y describirlas o analizarlas lo más adecuadamente posible; por ofrecer las explicaciones más sostenibles y viables para dichas situaciones o por efectuar los diagnósticos y pronósticos más correctos en torno a ellas.*

A los universitarios del mundo entero se nos paga porque averigüemos lo que nadie más sabe o lo que todavía se ignora. Tenemos algo muy valioso que hacer y que ofrecer al

mundo y es por ello que se nos retribuye en esta sociedad capitalista global que nos envuelve a todos. Ese algo es el *conocimiento*. De esta manera, el verdadero dilema al que nos enfrentamos y sometemos los “sabios” desde la jasperiana Era Axial (Jaspers 2012) o desde la Antigüedad clásica de Platón y Aristóteles, es “conocer o ignorar”. Las y los investigadores tenemos que conocer, tenemos que superar y remontar la ignorancia. *Conocer*, no para “saber nosotros mismos”, sino para que ello *se sepa* y para que dicho conocimiento beneficie de muchas maneras posibles a todos nuestros congéneres. En última instancia, a la humanidad entera. Éste es el dilema que se encuentra detrás de aquel otro tan tradicional de “publicar o morir” y ahora del nuevo y muy chocante, “ser citados o morir”. Debemos publicar lo que hemos averiguado. Se debiera referir o citar en todos los ámbitos a los trabajos (artículos o libros) que hayan producido genuino conocimiento en forma de descripciones, análisis, explicaciones, diagnósticos y pronósticos o predicciones —cuando ello sea factible—, decididamente pertinentes, útiles y provechosos. Eso es lo que vale la pena que se publique y lo que realmente es digno de ser citado.

El filósofo ilustrado y “sensocomunista” Thomas Reid ofrecería, por cierto, una explicación muy convincente y satisfactoria de este llamado al conocimiento, que se halla en el fundamento del dilema profundo entre “conocer o ignorar”. Reid criticaría justamente, en un texto de 1774, al viejo Aristóteles (Reid 2009, 2-3) por trabajar no pocas veces y tan sólo para saber más que nadie o que ningún otro ser humano, cuando de lo que se trataba era, en rigor, de saber para superar o bien a su contrario o a la mera ignorancia, que es la ausencia de conocimiento. Thomas Reid pensaría muy juiciosamente que no fue durante la Antigüedad o la Edad Media occidentales, sino hasta el Renacimiento o en los albores de la Modernidad o los inicios de la Edad de la Razón —como la denomina en la actualidad Steven Pinker, refiriéndose al siglo XVII anterior al Siglo de las Luces o de la Ilustración, el siglo XVIII (Pinker 2018, 8)— que Sir Francis Bacon (1561-1626) logró una cabal conciencia de lo que es el conocimiento humano.

En una carta dirigida en 1791 a su compatriota, el también gran pensador ilustrado Dugald Stewart (1753-1828), Reid escribió:

no creo que Lord Bacon haya recibido de la posteridad el alto grado de admiración que merece... ¿Algún hombre antes de Bacon entendió a la filosofía (natural) como *una prístina interpretación de la naturaleza*? ¿Algún hombre, antes o después de él, nos ofreció tan

sublime, comprensiva y justa concepción de eso mismo? (Reid: 2002, 211; traducción personal).

Y, en medio de su entusiasmo, Reid agregó:

¿No siguió Newton, en su Óptica y su Astronomía, los preceptos de Bacon, paso por paso?... Si los principios (de Bacon) se hubieran conocido y estimado como debieran, ¿podría el sistema cartesiano haber inundado a Europa durante medio siglo, o bien el sistema de Leibniz, que le sucedería?... Los escritos (baconianos) han sido olvidados y muy poco se conoce que el espíritu de Newton y de Locke derivó del de [...] Lord Bacon... Todo el mundo conoce sus fallas, pero pocos sus perfecciones... Sócrates no escribió libros, pero enseñaría a otros cómo hacerlos. Bacon hizo pocos descubrimientos, pero enseñó a los hombres cómo lograrlos... (Reid 2002, 211-212, traducción personal).

Reid recuperó, pues, la propuesta de Francis Bacon en el sentido de que el conocimiento y la ciencia son *una correcta interpretación de la naturaleza*, para pulirla y precisarla con el planteamiento de que ambas entidades son, a fin de cuentas, *la mejor interpretación posible de nuestras percepciones acerca de lo real; acerca de todo aquello que percibimos y que nos damos cuenta que ocurre a nuestro alrededor* (Hernández Prado 2013, 67-69) Esto es, en última instancia, lo que hacemos los “sabios” (como dicen en Francia) o los científicos de cualquier tipo, naturales o humanos, en todas partes del mundo y en nuestro medio mexicano y latinoamericano —lo sepamos o no. Esto es lo que realizamos y lo que deberíamos seguir haciendo y comunicando por medio de nuestras “publicaciones científicas”. Si acertamos a descubrir algo valioso que no se sepa o de lo que se entienda muy poco; si ofrecemos descripciones, análisis, explicaciones, diagnósticos y predicciones atendibles y viables en el campo del conocimiento en el que estemos trabajando, entonces nuestra producción académica pudiera y debiera ser citada, alcanzar la mayor “visibilidad” factible, junto con aquella otra de las revistas científicas en las que dichos aportes se dan a conocer.

Cuando alguna autora o autor descubre un elemento sostenible y valioso que llega a ser publicado, de inmediato es capaz de provocar y detonar nuevas investigaciones en la misma dirección inaugurada o proseguida, lo cual implica la tan buscada “citación” y el cumplimiento satisfactorio de los aparentes o superficiales dilemas del “ser citado o morir” y de “alcanzar visibilidad o jamás prosperar”. Por ejemplo, un servidor empezó a escribir (y

logró publicar con mucho esfuerzo) acerca de Thomas Reid a finales de los años noventa del siglo XX, así como también sobre el filósofo mexicano Antonio Caso, en relación con otros temas, a principios de aquella misma década. Ahora, un conjunto invaluable de investigadores mexicanos, latinoamericanos y españoles no solamente ha citado sus modestas aportaciones, sino que, sobre todo, han profundizando en el estudio de ese autor escocés tan importante y de sus encomiables contribuciones en el ámbito de la filosofía, las cuales nos aclaran muchas cosas acerca del mundo y el cosmos que nos rodean.

Como última observación querría destacar aquí que, especialmente en México y en América Latina, no se tiene mayor noticia y conciencia de la concepción baconiana-reidiana del conocimiento científico, con sus profundas implicaciones. En otros lugares del mundo, por ejemplo en el ámbito anglosajón o en el europeo en general, esa misma concepción, que es todo un ideario disciplinario, se cumple con mucho mayor solvencia. A ello hay que sumar el hecho de que es en tales centros del saber en donde se producen y en donde circulan las publicaciones científicas más visibles e influyentes del orbe. En ocasiones, ni siquiera estas revistas publican y valoran cuanto debiera ser publicado y luego citado. El justo reconocimiento a los autores no se alcanza de inmediato, inclusive en los lugares del mundo en donde importantes investigadores generan su obra. El recientemente fallecido Stephen Hawking, por ejemplo, habrá de ser inhumado en la Abadía de Westminster, al lado de Isaac Newton y Charles Darwin. Irónicamente, nunca recibió el Premio Nobel. Sin embargo, eso no invalida la circunstancia de que las más prestigiadas revistas científicas del mundo desarrollado publiquen de manera regular todo lo mejor que se pueda decir, en un momento dado, acerca de cualquier tema.

En el mismo sentido, nos encontramos con que nuestras complejas realidades mexicanas y latinoamericanas son mejor investigadas y conocidas, más a fondo y con mejores medios y resultados —y después mayormente comentadas, tras su difusión internacional en publicaciones muy visibles— por universitarios, académicos o estudiosos que no provienen de nuestros propios países. Ello está acaso muy bien, pero en algo debiera contar el hecho de que existen muchos investigadores de Iberoamérica que serían capaces de conocer “de primera mano” sus propias realidades, desde perspectivas locales y diferentes a las de los investigadores externos, en beneficio del conocimiento humano y de nuestros propios ámbitos socioculturales. Si los investigadores y las publicaciones hispanoamericanos no

nos ayudamos a nosotros mismos en este importante aspecto, muy poca gente procedente de ámbitos ajenos lo hará. Después de todo, debiéramos hacer efectivo el hecho de que el español es la tercera lengua más utilizada en Internet, sólo después del chino mandarín y el inglés.

### **Referencias**

Hernández Prado, José. 2013. *Breve introducción al pensamiento de Reid*. 1ª. reimp. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Jaspers, Karl. 2012. *Los grandes maestros espirituales de Oriente y Occidente*. Madrid: Editorial Tecnos.

Pinker, Steven. 2018. *Enlightenment Now. The Case for Reason, Science, Humanism, and Progress*. Nueva York: Viking.

Reid, Thomas. 2002. *The Correspondence of Thomas Reid*, editada por Paul Wood. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.

Reid, Thomas. 2009. *Analysis of Aristotle's Logic: With Remarks*. Indiana: Kessinger Publishing's Legacy Reprints.